

VILLA POR VILLA

## CASTRILLO TEJERIEGO

Dibujo de JUAN PALENCIA

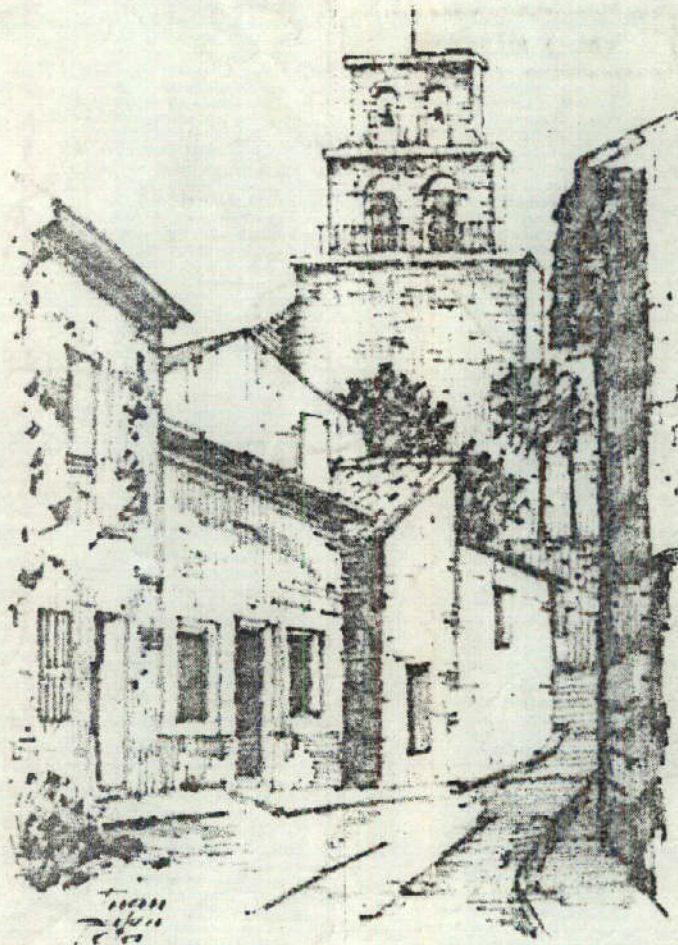
Texto de ANTONIO CORRAL CASTANEDO

Hacia Castrillo la carretera avanza pateando tierras más bien amarillas, protegidas entre unas lomas grisadas por donde pastan o ralean los verdes empolvados — casi color de ciprés — de las encinas. Encinas que, desorientadas, solitarias, agonizantes, vemos perdidas por otras lomas más aперas.

La espadaña de la iglesia tiene dos cuerpos. Dice la historia que para conseguir que se oyera mejor la llamada de las campanas, pues su sonido no golpeaba bien el bronce aciloso de los campos. Al primer cuerpo se asoma un balcón corrido, sin duda para contemplar este ambiente vencido de tarde eterna de domingo que, sin ser domingo, envuelve al pueblo.

Utilizando como macetas unas grandes latas de aceitunas, unos geranios ponen sus rasguños en alguna fachada. Hay en el pueblo como una competición o un concurso de cortinas. Las puertas se cubren con unas telas vistosas en las que unos gallos cantan entre floreros, en las que están a punto de abrirse unos capullos posiblemente de tulipanes, en donde exhiben su orgullo unas plumas arrancadas a algún pavo real o alternan unos cuadros negros y amarillos... y las puertas parecen vendidas de domingo; paseando por este domingo que no es pero que pone, sobre todo, su aliento, su desasosiego, su clima derrotado.

En lo alto, a donde se encarama la iglesia, un hombre vestido con los restos de numerosos domingos, vestido con muchos años, se asoma sobre los campos que se extienden y por los que distinguimos, al final de una senda, la ermita de la Virgen de Capilludos. «Vaya usted a averiguar por que se llama o la nombran así — nos dice —. Sus razones habrá. Pero no tengo afición a los inventos y tengo que afirmar que las desconozco de siempre. Ahí está la Virgen, la Serrana. El pueblo la tiene en mucha estima. Es la Señora de Castrillo y, con ello, se ha dicho todo. Mire, yo de ir a misas, poco, no lo niego. Y de religiones y de señores curas, pues menos aún, si es que cabe. Pero, a la virgen de Capi-



la marcha, va una oveja con la cara negra, que parece disfrazada para asistir a un baile de Carnaval. La puerta de la iglesia está cerrada. En el umbral, alguien ha depositado un ramo, ya lacio, de margaritas. Le preguntamos al hombre por su significado. «No sabría qué decirles. Para mí, y es un parecer, más que ponerle con intención es que, al sacarle de algún florero de la iglesia, a algún prójimo le ha caído. Y ahí le ha dejado, para no molestarse. A mí, fíjese qué manías, las flores, en cuanto que las cortan, ya me empiezan a oler a funeral; hasta las de las bodas, por muy blancas que sean. Y a mí la muerte me repatea. Cuando uno casca, a todo el pueblo y a todos los familiares se les hace la mismísima puñeta. Morirse es un «incómodo» para uno; y, además, para los que todavía no se han muerto es una falta de educación. Lo que yo le digo: pero que una falta de educación muy señalada... Y lo peor es que al tiempo que vamos y

más que morimos. Queda poco personal. Y claro, pues ni médico, ni cura, ni boticario, ni veterinario hijos. Todos son de acarreo: que no viven aquí, que vienen, hacen lo que tienen que hacer, si es que lo hacen, y después se van».

Abajo, en la plaza, hay una fuente grande con unos pilones amplios. «¿Se puede beber este agua?», le preguntamos a un hombre que se sienta al borde de la fuente. «Bébanla — nos contesta secamente—. Y, si no quieren hacerme caso, pues nó la beban y todos tan amigos, aunque ustedes con sed. Es algo áspera para la legumbre y, si se para usted a pensar, tirando algo a amarga. Pero da gloria beberla. Aunque, mire por cuánto y qué curioso, desde que hicieron la traída de aguas dicen que no es potable. Y todo porque no tiene cloro, que es mismamente lo que le sobra al agua de los grifos. Hay días que hasta parece leche, de blanca que sale la desgraciada. Para mí que el alguacil va, y ¡halal!

sin tomar medidas ni precaución... ¿Es que no beben? Les he dicho que pueden hacerlo con toda confianza. Que yo sepa no ha hecho nunca mal a nadie. Yo mismo la he bebido hasta impliarme desde que sé beber. Y, suma y sigue. Y aquí me tiene, tan sano y con un montón de años que ustedes ni, adivinarían, aunque se pusieran en lo peor. ¿O es que no les parezco sano? Viejo lo seré, pero a sano no hay quien me aventaje...»

El hombre se ha ido excitando a medida que hablaba. «Pero, vamos acabar de una vez. ¿Beben o no beben? Y, si no pensaban hacerlo, ¿para qué coños me preguntan? Que yo les he visto, pero como si no les veía y nada les he preguntado; y eso que son de fuera».

Ante la indignación del hombre — que hasta se ha puesto de pie, para dar más ímpetu a sus palabras — bebemos el agua amarga y fresca, mientras leemos en el cuerpo central de la fuente, escrito con caracteres torpes la siguiente advertencia, ya algo borrosa: pasando al agua al género masculino: «Este agua no apto». Para eliminar nuestros escrúpulos — para darnos ánimos — la tarde, que declina sedienta, bebe también el agua «no apto» de la fuente.

### CHALETS

- Construimos su chalet, tenga o no parcela.
- Con obra tradicional.
- Con precio y tiempo cerrado.
- Con facilidades de pago.
- Elija uno de nuestros proyectos o aporte sus ideas, también las realizamos.



indeco  
construcciones, s.a.